

LA SEMANA ILUSTRADA



10 CENTIMOS NÚMERO 96

NOVELA CORTA DE LA SEMANA. — Escarmentados, por la Condesa de Pardo Bazán.

(Léase en las planas 2.^a y 3.^a de este número.)

La Semana Ilustrada

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

Año III.

Madrid, sábado 27 de Febrero de 1909.

Núm. 96.

NOVELA CORTA DE LA SEMANA LOS ESCARMENTADOS POR LA CONDESA

PARDO
BAZÁN

La helada endurecía el camino; los charcos, remanente de las últimas lluvias, tenían superficie de cristal, y si fuese de día relucían como espejos. Pero era noche cerrada, glacial, límpida; en el cielo, de un azul sombrío, centelleaba el joyero de los astros del hemisferio Norte; los cinco ricos solitarios de Casiopea, el perfecto broche de Pegaso, que una cadena luminosa reúne a Andrómeda y Perseo, la lluvia de pedrería de las Pléyades, la fina Corona Boreal, el Carro de espléndidos diamantes, la deslumbradora Vega, el polvillo de luz del Dragón, el chorro magnífico, proyectado del blanco seno de Juno, de la Vía Láctea... Hermosa noche para el astrónomo que encierra en las lentes de su telescopio trozos del universo sideral, y al estudiarlos, se penetra de la serena armonía de la creación y piensa en los mundos lejanos, habitados nadie sabe por qué seres desconocidos,

cuyo misterio no descifra la razón hermosa también para el soñador que, al través de amplia ventana de cristales, al lado de una chimenea activa, en combustión plena, al calor de los troncos, deja vagar la fantasía por el espacio recordando versos marmóreos de Leopardi y prosas amargas y divinas de Nietzsche... ¡Noche negra, trágica, para el que solo, transido de frío, pisa la cinta de tierra encostrada de hielo, y avanza con precaución, sorteando esos espejos peligrosos de los congelados charcos!

Es una mujer joven. La ropa que la cubre sin abrirla, delata la redondez de un vientre fecundo, la proximidad del nacimiento de una criatura... Muchos meses hace que Agustina vive encorvada, queriendo ocultar a los ojos curiosos y malévolos su desdicha y su afrenta; pero ahora se endereza sin miedo; nadie la ve. Ha huido de su pueblo, de su

casa; y experimenta una especie de alivio, al no verse obligada a tapar el talle y disimular su bulto, pues las estrellas de seguro la miran compasivas ó siquiera indiferentes. ¡Están tan altas!

En el pueblo, ¡qué desprecio, qué burla, qué reprobación habían caído sobre ella al saberse el desízn! Era la segunda vez que delinquía en aquel honrado lugar una muchacha; la primera, al quinto mes, se había arrojado á un pozo, de donde sacaron su cadáver. Recordaba Agustina cómo la extrajeron del pozo con cuerdas y garruchas, y cómo traía rota una sien, y el pelo pegado á la cara lívida, y recordaba también haber soñado con la ahogada muchas noches. Cuando, al confirmarse su desdicha, pensó Agustina en la solución de la muerte, la imagen de la rota sien y la lívida cara la impidió poner por obra una desesperada resolución. Vinieron al pueblo entonces unos misioneros franciscanos, y Agustina se confesó deshecha en lágrimas.

—Grande es tu pecado—dijo el fraile—, pero lo que pensaste sería peor aún. No debes morir ni debe morir por tu culpa el hijo. Sufré con paciencia, espera el último instante y entonces vete á Madrid con esta carta mía. El señor á quien va dirigida hará que te admitan en la Casa de Maternidad.

Llegó el día. Sin despedirse de nadie—ni de sus padres, que en vez de compadecerla la maldecían—, Agustina puso en hatillo dos camisas y un refajo; en un bolso de lienzo unas pesetas, y guardada la carta en el pecho, salió al oscurecer por la puerta del corral, antes de que empezasen á rondar los mozos, sabedores de su desdicha y compañeros del que la ocasionó, y que en vez de repararla, cobardemente había desaparecido del pueblo. Era víspera de Noche Buena, y sería milagro que no saliesen de parranda. Agustina apretó el paso. La vergüenza la puso alas en los pies.

Dos horas hacía ya que caminaba, y faltaba todavía para Madrid una legua. Deshabitada de hacer ejercicio, el cansancio rendía á Agus-

tina y el frío la penetraba hasta los tuétanos. Además, tenía miedo; ¡aquella carretera tan solitaria!

A uno y otro lado extendíase la estepa gris, sin rastros de habitación; torcidos chaparros remedaban figuras grotescas, enanos deformes ó perros agachados para saltar y morder. El silencio era majestuoso y aterrador. Y la fugitiva también sentía hambre—el hambre pródiga que avisa á las que van á ser madres de que hay que sostener á dos seres. En su precipitación, no había sacado de su casa ni un mendrugo.

Quería llorar, y dos ó tres veces se detuvo para quejarse alto, cual si alguien pudiese oírlo. «¡Ay, señor! ¡Ay, mi madre!» como si su madre, la dura paleta, no la hubiese tratado peor que el padre todavía... La abrumaba un inmenso desfallecimiento, la tentación de arrojarse al suelo y dormir. Durmiendo, creía que iba á remediarse todo su padecer; que entraría en un estado de beatitud. Resabía de los últimos meses, en que infaliblemente, al despertarse, tenía la ilusión de que su desgracia era pesadilla de sueño, y se tentaba, y creía que el bulto del vientre no

existía... ¡Oh! ¡Si así fuese! ¡Quién volvería á sorprenderla, á enganar-la; quién se acercaría á ella sin llevar su merecido!

*

Los pies, calzados toscamente, resbalaron de pronto sobre la vitrea superficie de una charca. El movimiento fué de báscula, y la muchacha cayó hacia atrás, boca arriba, atravesada en la carretera y desvanecida por el brutal sacudimiento del batacazo.

Diez minutos después se oyó en la carretera, á lo lejos, el cascabeleo y la rodadura de un carricoche. La claridad de los faroles avanzó, y el caballejo que tiraba, no muy gallardamente, del vehículo, pegó una huida ante el cuerpo que obstruía el paso. El hombre que guiaba refrenó al jaco y miró con sorpresa. Vamos, habría que bajarse, que prestar socorro al borracho... ¡No se trataba de un borracho! De una mujer... Peor que peor...

¡Una mujer! Nadie las aborrecía como el mediquín rural que, llamado por un asunto de interés se dirigía á Madrid en noche tan





cruda... El golpe de la traición sufrida, del amor escarnecido por su novia, su ideal—rompiendo la concertada boda tres días antes del señalado, y casándose con otro hombre antes de un mes—, fué crigen, primero, de grave fiebre nerviosa, de la cual conservaba huellas en el amarillento rostro, y luego, de una misantropía profunda. Intelectual, sentimental y con aspiraciones cuando andaba enamorado, el desengaño le cortó las alas de la voluntad; le causó una de esas humillaciones en que dudamos de nosotros mismos para siempre, y le arrinconó en el poblachón obscuro donde vegetaba como un asceta, haciendo penitencia de tristeza y retiro por el ajeno pecado—caso más frecuente de lo que se supone—. Sólo por estricta necesidad había resuelto el viaje. ¡Y ahora, aquel estorbo en el camino! ¡Una hembra!

Desencajó un farol del coche y con él alumbró la cara de la mujer privada de sentido. Se sorprendió. Joven, bonita, de facciones de cera, delicadas y dulces. ¡Y perdida á tal hora, en la soledad! ¿Atentado? ¿Crimen? La quiso incorporar... Un gemido débil reveló la vida.

—¿Qué tiene usted? ¿Está usted enferma?—preguntó el médico, sosteniéndola por los hombros, en el aire.

Otro gemido contestó; era de sufrimiento, de un sufrimiento concreto, positivo.

—¿Está usted herida?

La muchacha se incorporó difícilmente; parecía atónita, y no se daba cuenta de por qué se encontraba allí, por qué la interrogaba un desconocido. La memoria acudió, y con ella la conciencia del mal... Su brazo derecho no obedecía; colgaba inerte, y una sensación extraña, de parálisis, iba extendiéndose al hombro.



—Me se figura que tengo roto este brazo...

Las manos del médico palparon, reconocieron... ¡Era verdad!

—¿A dónde iba usted? ¿De dónde es usted?

dad, con tanta consideración? No, hombre no; era... un santo; un santo como los que se ven en los altares...

De pronto, el médico volteó el coche, emprendiendo la caminata en sentido opuesto.

Y cuando hablaba así á una mujer, el escarmentado, el dolorido, el misógino, pensaba:

—No es una mujer, es una víctima, una mártir...

Y bajo la manta que les cubría y



Agustina miró al que la dirigía la palabra y la amparaba enérgicamente. Vió un rostro consumido de melancolía, una barba descuidada, unos ojos en que la indiferencia luchaba con la compasión... No sería fácil explicar, á no ser por la franqueza súbita y total del sér desamparado, que nada recela porque todo lo ha perdido, como Agustina—la pa'c'tita cansada de disimular y mentir á su familia y á todo un pueblo—, no supo callar nada al incógnito que acababa de socorrerla. Habló entre sollozos, sin reparo, hasta sin vergüenza ni confusión, como el que cree estar contando á un desdichado desdichas mayores. Hizo su historia, en pocas y desgarradoras frases.

—Súbase usted al coche... Tápese con la manta... Yo la llevaré al hospital...

Un cuarto de hora rodó el coche por la carretera—despacio, porque en la helada resbalaba también el caballo—, cuando Agustina, en el bienestar infinito de la ardiente gratitud, al sentirse acompañada, salvada, extendió la mano izquierda, asió la del médico, y la besó sin saber lo que hacía. El tembló; hacía tanto tiempo que no sentía ni en sueños el roce de unos labios femeniles! Por su parte, la muchacha, pasado el transporte, se quedó abochornada, acortada de confusión. ¡Qué había hecho, ay mi madre! ¡Era un hombre, y ella que estaba determinada á no tocar ni al pelo de la ropa á ninguno! ¡Ella, la escarmentada, el gato escaldado, la del aprendizaje cruel y definitivo! Pero ¿era realmente un hombre el que la llevaba así, á su lado, con tanta cari-

—Estamos más cerca de mi casa que de Madrid... Urge curarle á usted ese brazo. Si llegamos á Madrid tarde, van á perderse horas... Es preciso que yo reconozca pronto esa fractura, y que la atendamos... Vienen usted á mi casa. Allí nada la faltará.

les prestaba calor y abrigo á medias, los efluvios de la juventud, la necesidad de querer, se insinuaban riéndose del escarmiento.

Las estrellas, más fulgentes á medida que la noche avanzaba, no se enterarían. ¡Están tan altas! ¡Tan distantes!



LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

CUENTO DEL EXTRANJERO EL OMNIBUS

Cuando llegamos á Mont-Verrière, el ómnibus nos esperaba en la estación para llevarnos á la encrucijada donde los cazadores se habían dado cita.

Un frío glacial congelaba nuestras orejas. Nos colocamos en el coche, cuyos cristales empañaba la helada. La sentíamos penetrar en nuestras carnes, no obstante las pellizas, los pantalones de gruesa pana y las gorras de piel.

Era un coche de campo, viejo, amate, montado sobre duros muelles. Interiormente, había dos largos bancos cubiertos de tela aleonada.

Los cazadores subieron al ómnibus medio de costado, unos, á causa de su corpulencia, otros, por lo que aumentaba sus dimensiones el atavío cazador. Sobre la red del ómnibus iba una buena cesta de provisiones. El carricoche empezó á rodar con un ruido metálico de vidrios bailadores.

¡Ah! ¡Qué hambre tengo! —dijo uno de los cazadores. Los perros, que se habían escondido debajo de las banquetas, sacaban su cabeza puntiaguda olfateando la merienda.

Entre los viajeros figuraba Sageret, un buen mozo, de cuya evidente placidez de carácter daban fe sus

—Hace nueve años, exactamente nueve años por esta época, iba yo de viaje hacia la Huchette, un lugarcillo de los alrededores de Dreux.



la muchacha—. Acaso pueda echarme un rato ahí.

Y señaló un viejo sillón que había en un rincón, cerca de la lumbre.

—Si el señor tiene fuerza de voluntad para pasar la noche en una silla, aquí también, cerca del fuego... Una noche pronto pasa.

Todo confuso, concluí por aceptar. La patrona se fué á la cocina, y yo, á horcadas sobre la silla, intenté conciliar el sueño.

Luisa, después de poner un poco en orden la estancia, cerró las puertas, atizó la lumbre, veló la luz con una pantalla improvisada con periódicos y se acomodó en su sillón, echando sobre el busto un viejo chal de pelo.

No obstante el calor del hogar, mis piernas se entumescían de frío, martirizadas por el cierzo que soplabá por debajo de la puerta.

Entre tiritón y tiritón no dejaba de hacer movimientos nerviosos.

—Parece que el señor tiene mucho frío —dijo la muchacha.

—No; es que...



—Hemos aquí á los dos en el ómnibus, con la puerta cerrada y tan tranquilos como en la habitación de un hotel.

Sageret se interrumpió, permaneciendo en silencio unos cuantos segundos.

—¿Y después?—preguntaron los cazadores.

—Después nos dormimos—continuó Sageret acariciándose sus sedosos mostachos—. Nos dormimos, con un sueño tan largo, que al abrir los ojos ya se veían en la cochera y en la cuadra los mozos de labor, haciendo la diaria limpieza. ¿Cómo bajar del coche sin que nos vieran? ¿Y cómo iba á explicar Luisa el incidente al mayoral á quien había dado promesa de casamiento y que era de los primeros que estaban á nuestro alrededor?

Luisa perdería su colocación, sin contar los peligros del amante celoso. De pronto, sentimos que arrastraban el ómnibus. La muchacha y yo nos escondimos entre la paja. Era que iban á engancharle dos pares de potentes mulas. Poco después, sin que nadie hubiera advertido nuestra presencia, llegábamos en el coche á la feria próxima. El mayoral que nos conducía era el novio de Luisa.

Aprovechando la aglomeración de gente, ya en la feria, pudimos bajar del ómnibus sin que nadie lo advirtiera, y estrechándonos las manos silenciosamente, cada cual por diferente camino, tomamos, á pie, el camino de la posada.

—¿Y el fin de esa aventura?—preguntaron los cazadores á su amigo Sageret.

—Que en la estación más próxima tomé el tren de París.

Paul R. BOUX.



enormes bigotes rubios, cayendo sobre unos labios siempre plegados por amable sonrisa.

Contadnos la famosa historia—le dijeron todos.

Sageret, después de haberse hecho rogar convenientemente, se puso á hablar, en tanto que el coche bordeaba una carretera de alamillos en las primeras horas de la mañana

Llegué, á las once de la noche, y después de andar diez kilómetros á pie á campo traviesa y con frío siberiano.

En Huchette no hay más que un hotel, ó por mejor decir, una posada, una de esas antiguas posadas en donde se alojan el jinete y el caballo. Lo de alojarse es algo relativo. El aposento principal de la posada era un gran rectángulo que apesta á tabaco, vino y comida barata. No obstante, penetré en aquel antro como si fuera el paraíso. Venía tan cansado! Pedí cena y albergue. El ama y la criada se miraron primero, y después me examinaron de pies á cabeza.

—¡Ah!, caballero—me contestaron—. Viene usted con desgracia. Todo está ocupado, y en algunas habitaciones hay dos viajeros en una cama.

—Considere usted—le respondí—que mis piernas se niegan á sostenerme. Veamos: la habitación de usted, el cuarto de la criada, ¿qué precio tiene?

—Yo duermo en la cocina—dijo la dueña.

Entonces miré á la muchacha, una rubia bonita, coloradita y de grandes ojos azules.

—Y á esta señorita. ¿también le han ocupado su cuarto?

—También hemos tenido que disponer de la habitación de Luisa—repuso la dueña.

—Me toca estar de vela—añadió



Ella se levantó, ofreciéndome su chal.

—No, de ninguna manera; quédate con él; eso será vestir á un santo desnudando á otro; mejor dicho, á otra, y á otra tan bonita como tú lo eres.

Tal le dije á Luisa, proponiéndome flirtear con ella, ya que no podía conciliar el sueño. Y es verdad que era muy linda.

—Hay un medio de arreglarlo todo: que el cobertor sirva para los dos.

Ella me dijo que no; pero yo la sentía reír de muy buena gana por lo bajo. Tres minutos después ella estaba sentada en el sillón y yo en la silla, colocada muy cerca.

El cobertor nos tapaba á ambos. Poco á poco fui reaccionando. ¡Qué bien me encontraba! Un dulce calor invadió todo mi cuerpo. Sentía junto al mío otro que me lo comunicaba á través de los vestidos

Nuestras cabezas se hallaban muy próximas. Yo, francamente, empecé á ensayar el número que otro cualquiera hubiese hecho en mi caso.

—Está quieto—me dijo—. Pero ahora que recuerdo, en la cochera hay un ómnibus.

—¿Un ómnibus?

—Sí, el piso está lleno de paja y allí podríais acostaros y no tener frío.

No puedo decir si la sonrisa de la joven era de reproche por mis audacias ó bien una invitación á continuarlas más confortablemente.

Guiado por ella llegué á la cochera. La puerta del ómnibus estaba abierta.

—Esperad—me dijo Luisa—, voy á haceros la cama. Y subiendo al coche comenzó á mullir la paja.

¿Quién no hubiera subido detrás de la muchacha? Y como nadie hubiera dejado de hacerlo, yo imité á los demás.



SALVADOR. (*Comiéndose á Ana con los ojos.*)
Me hase farta tu carño;
me hase farta tu persona;
me hasen farta tus carisias;
me hasen farta muchas cosas.

¡Mar rayo parta
al infelí que vive
con tanta farta!
Me están sobrando pesare;
me están sobrando tristesa;
me están sobrando fatiga;
me están sobrando las pena.

¡Mar rayo coja
á la infelí que vive
con tanta sobra!
He puesto dos «Te adoro»,
sínco «Te quiero»,
dos «Por tí solo vivo»,
tres «Por tí muero»,
Dose cabale,
que á rcá cada una
son dose rcále.

(*Unen los tres y termina la música.*)

HABLADO.

SALVADOR.—(*Suspirando.*) ¡Ay!
ANA.—(*Suspirando.*) ¡Ay!

DOLORS.—¿Quiéren ustede agua?

SALVADOR.—(*Acercándose al mostrador y en voz baja á Ana.*) ¿Quié usté hasé er favó de mandá la niña ayá dentro?

ANA.—¿Tíé usté argo reservao que desirme?

SALVADOR.—Sí; que sí no é en la situación en que yo estoy, cuando los hombres se pegan un tiro en la sien ó se tiran por la sotea, no sé pa que se yeva un jué de guardia toa la noche.

ANA.—Bueno, po no se tire usté por ninguna parte y vuerva usté luego, que ahora me tengo que dí á alisá un poco. Dolores, quéate ar cuidao, hasta luego, Sarvadó. (*Vase al interior.*)

SALVADOR.—(*Mirándola ir.*) Hasta luego. ¡Farsinao me tiene, diosa der tabacol... Y tú, quéate con Dió Dolórsita, que me vi asomá á mi tienda.

DOLORS.—Vaya usté con Dió. (*Salé Salvador por la puerta de la izquierda y desaparece por este mismo lado del foro.*)

Escena segunda.

DOLORS

DOLORS.—¡Me dá lástima de Sarvadó!... ¡Er pobre está pasando las negra!... ¡Cuidao, que está escuchisao!... ¡Se le señalan las muelas por cima la cara!... ¡La que lo conosió de antel!... Y pá mí que Sarvadó y mi madre y mi madre y Sarvadó... ¡A mí

no me se engaña tan fásilmente. Sarvadó se cree que con desi, cuando yo me aserco (*imitando á Salvador*): «Hoy le vendió á un inglés lo sarsiyó de Doña María Padilla, que má le gustaban arrey Don Pedro» ó argo pó el estílo, no se malisia una ná; y una se lo malisia tó y una vé má de lo que se figuran y lo que no lo vé, lo adivina. Y no é que yo sea mar pensá, ni que lo critique, ni que me paresca má; arrevé. ¡Aquí hase farta un hombre! Pero é que duele la poca confiansa. ¡Por má que é mucho pedí que mi madre vaya á contarme to lo que le diga Sarvadó! Lo que má me inrita, é que se vá á casá mi madre dos vese, ante que yo una; y eso, ya lo arreglaré yo. ¡Aunque estamos en un barrio en que tó los hombres, son der sésos feo (*Se ve salir á Domingo foro izquierda, en dirección al estanco.*)

Escena tercera.

DOLORS Y DOMINGO

DOMINGO.—(*Levantando la cortina y entrando por la puerta de la izquierda.*) Güenas tarde.

DOLORS.—Buenas tarde. (¡N! lo conosco, pero por la cara, debe de ser der barrio!)

DOMINGO.—(*Acercándose al mostrador.*) ¡No me habían dicho ná de que la Virgen de la Esperansa se había metió á estanquera!

DOLORS.—¿Qué deseaba usté?

DOMINGO.—Está toa la tarde a su vera y una cajetiya de á cuarenta y sínco.

DOLORS.—Lo primero no pué sé, por no asustá á la parroquia (*Cogiéndo una cajetilla de la tabla y colocándola sobre el mostrador*); la cajetiya, aquí está.

DOMINGO.—¿Usté se ha creío que esta cajetiya me la fumo yo?

DOLORS.—Me tié sin cuidao lo que haga usté con' eya.

DOMINGO.—E que en cuantito yegue á casa, la meto en er faná que tié mi madre ensima la cómoda. (*Saca una peseta que entrega á Dolores; ésta la examina.*) ¿E farsa?

DOLORS.—No, señó; tié peó cara que usté, pero é buena. (*La echa en el cajón y cuenta calderilla.*)

DOMINGO.—Lo mismito me pasa á mí; no estoy mu bien de cara, pero soy tan güeno como la peseta.

DOLORS.—Po esa la he tomao, pero lo que é á usté... Y vaya la güerta y basta de conversasión. (*Le entrega el dinero, que Domingo se guarda.*)

DOMINGO.—Cuando me acabe usté de despachá.

DOLORS.—¡Po no le he dao la güerta!

DOMINGO.—¿Y er puro é quínse?

DOLORS.—¡Usté no me ha dicho ná!

DOMINGO.—¡Ay, qué gracia, que no la he dicho ná!... ¿Po no le pedí á usté una cajetiya y un puro é quínse?

LOS GRANDES ÉXITOS

Biblioteca de LA SEMANA ILUSTRADA

JORGE Y JOSÉ DE LA CUEVA

AQUÍ HASE FARTA UN HOMBRE

SAINETE LIRICO EN UN ACTO

Premiado en el Concurso del HERALDO DE MADRID

MUSICA DEL MAESTRO CHAPI

Estrenado en el teatro de Apolo la noche del 20 de Enero de 1909.

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria. Los autores se reservan el derecho de traducción. Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.





Al Sr. D. José Francos Rodríguez, Director del HERALDO DE MADRID, y á los Sres. D. Jacinto Benavente, D. Carlos Arniches, D. Ruperto Chapí y D. Alejandro Saint-Aubin, jurados del Concurso abierto por dicho periódico,

LOS AUTORES.

PERSONAJES

ANA.....	SRTA. PINO.	José.....	SR. RUIZ DE ARANA.
Dolores.....	PALOU.	Un gitano.....	MESERO.
Salvador.....	SR. MONCAYO	Comprador 1.º.....	CARRIÓN.
Domingo.....	RUFART.	Idem 2.º.....	MEDINA.
Burlero.....	MUDRA	ALVAREZ.	

La acción en Sevilla.—Época actual.

Derecha é izquierda, las del actor.

ANA.—Es mujer de cuarenta á cuarenta y cinco años, bien conservada, frescota y metida en carnes. Es limpia como el oro, se cuida de parecer bien, se peina con sencillez y viste traje de percal. Para la calle saca mantón de espuma, negro.

DOLORES.—Tiene veintinueve años, es bonita y ella lo sabe, píspireta y nada dengosa. Hasta el final de la escena 5.ª viste un traicillo de percal, con el cuello doblado y las mangas recogidas; aunque no está desgreñada se nota que no se ha peinado todavía. Desde la escena 15 viste blusita vaporosa blanca y falda oscura; peinado alto, sencillo y adornado con alguna flor.

SALVADOR.—De la edad de Ana próximamente. Viste americana de alpaca, negra, camisa con cuello bajo, pantalón á cuadros y sombrero de ala ancha, gris.

DOMINGO.—Representa de veintinueve años. Es un mocito de barrio, sevillano por los cuatro costados y el figura de la Macarena. Viste traje claro de americana, pantalón de talle y sombrero de ala ancha, marrón.

BURLERO.—De la edad de Domingo. Es un maleta, pero él no lo sabe, y viste como los toreros de Verdad Traje de americano.

JOSÉ.—Es viejo, viste de negro y usa bombín; sus maneras y su voz están perfectamente de acuerdo con sus tristes circunstancias.

Los demás personajes con arreglo á sus respectivas condiciones.

ACTO UNICO

La escena, partida; á la izquierda, calle sevillana que se prolonga hacia el foro, atravesada por otra. Á la derecha, estanco con dos puertas, con cortinas de lona; una á la calle de la izquierda y otra á la del foro. En la lateral derecha, perpendicular al foro, mostrador con cajones para el dinero y puerta pequeña ó abertura grande á la parte de abajo para comunicar con la tienda. En toda la pared comprendida dentro del mostrador, estantería con diferentes clases de tabaco, y en el centro de esta lateral, puercecilla con cortina, que da paso á las habitaciones del interior. Detrás del mostrador, sillón de enea. Sobre el mostrador, hacia el foro, vitrina con labores caras, objetos de escritorio, postales, etc., y repartidos por el mostrador convenientemente, piedad pequeña de mármol, papeles finos para envolver, balanza pequeña, peso para las cartas, cacharrito con esponja y agua para los sellos y cajoncillo con sellos de diferentes precios. Sobre la puerta que conduce al interior, cuadro con fotografía de la Virgen de los Reyes. Por las paredes anuncios de papel de fumar. Y sobre la puerta que da á la izquierda, un cartel de feria, atrasado. En el ángulo que forma este lado con el foro, un cajón grande de tabaco, vacío, y en el testero frente al público, á la izquierda de la puerta del foro, buzón practicable. En la estantería, en su parte baja, á la derecha de la puerta, hacia el proscenio, una tabla en forma de pequeño estante con varias cajetillas, papel de fumar de distintas marcas y cajas de cerillas de cinco y diez centimos precintadas, y bajo el mostrador otra tabla en donde están colocadas cajas de puros de los distintos precios, que han de servir en el transcurso de la obra. Es media tarde de un día de verano. Detalles á juicio del pintor, tal como aparatos de luz, colocación de paquetes y cajetillas en la estantería, etc., etc.

Escena primera.

ANA, DOLORES Y SALVADOR

ANA, de pie, arreglando unos puros en la forma que indica el cantante. Dolores, de pie, apoyada en la vitrina, hace primores calligráficos en unos tarjetas postales. Salvador, recostado en la pared de la izquierda, fuma y contempla embobado á Ana.

MÚSICA.

ANA. Con goma arábiga, papé Susini

y una miljiva de precaución, pongo los puros ¡Virgen del Carme! que ni en la fábrica lo haen mejo. (Enseñando orgullosa, una postal que ha terminado.) ¡Ole por la habilidad! ¡Vaya un leterero bonito que he puesto en esta postal!

"AL SON DE LAS CASTAÑUELAS,"



EMERITA ESPARZA

arrojando botellas á la cabeza de los que jalean á sus hijas. No obstante, los amadores, siempre con la taza de café en la mano, gritan entre lolés! «¡Más ajo en la salsa! ¡Más ajo en la salsa!» Lo que quiere decir que el espectador exige más rapidez en las contorsiones.

Los principales bailes andaluces, sevillana, tango y zapateado, se bailan en la sala de la posada (1). Los dedos de los guitarristas templan las cuerdas, y mientras hacen esta operación invariablemente miran al cielo. El *cantaor*, un bello gitano, con el pelo lleno de pomadas, se arranca con un recitado, y entonces las flamencas, libres del estorbo del corsé, y envueltas en mantones de Manila, empiezan á bailar poniendo en sus gestos una poesía frenética, provocando á su con la mirada, la sonrisa y el gesto (1).

Cada figura se termina con una actitud «de ofrenda», sirviendo en seguida el Pedro Ximenes, del que las bailarinas sólo consumen la mitad de la *cana*.

En seguida el *cantaor* anuncia la *reprise* del baile, repitiendo la *estribilla*.

Con obsesión extraña, el gitano habla en las coplas de cosas lúgubres, mientras ellas danzan en infernal algarabía.

Y en seguidita traduce René de Maizeroy algunas *oleares* que «quitan el hipo».

Pero oigamos aún al pintor de nuestras costumbres, que exclama literariamente poniendo la frase en la boca lindísima de una princesa rusa:

«Los españoles, cuando están viendo bailar unas sevillanas, no se moverían de su asiento aunque un toro de Miura apareciera en el tablado.»

Es sencillamente ridículo y afrentoso para nuestros cultos vecinos los franceses su consuetudinaria ignorancia de las costumbres españolas.

Su célebre frase *Chosses de l'Espagne et de le Maroc*, tenemos «acá» razón sobrada para arreglarla así: «Cosas de Francia y del Riff».

Nuestras mujeres con «navaja en la liga», es en París leyenda imborrable. «Ya va picando en historia» lo que escriben del *Borrero* de Sevilla y las atrocidades que «nos cuelgan» al son de las *castagnettes*.

«El movimiento se demuestra andando», y vean ustedes lo que copiamos de *Je sais tout*, traduciendo casi al pie de la letra varios párrafos de un artículo que firma el prestigioso literato René Maizeroy, y que em-

pieza por titular «Al son de las castañuelas y del tamboril». Trátase de una información acerca del canto y baile flamenco. Oído al parche:

«Generalmente, las madres de las bailarinas interrumpen la juerga

«Eh? ¡Y pensar que recientemente hubiéramos podido arreglar el «conflicto de las mluras» con sólo disponer que se bailara en el redondel al son de las *castagnettes* y del tamboril.

«Violento y canalla, el tango fué importado de la Habana, en donde los negros lo bailan siguiendo en la danza ritos milenarios y hace hoy las delicias de los barrios macarenos de los gitanos de Triana.»

Termina Maizeroy asegurándonos que él vió bailar el tango en Sevilla «á la *Pastorita* y que era la noche de la cruz de Mayo, alumbrando la escena cuatro linternas, las estrellas y un claro de luna, y pasando al propio tiempo una procesión que llevaba en andas un cromó representando á la *Virgen Purísima*». Añade luego el buen René, que «á seguida» se improvisaron *tientos*, cosa en que

no nos atrevemos á llevarle la contraria, y que entre las actuales estrellas de la flamencomanía española, la «bella *Saravá*» están popular como *Carulla*, hablandonos también de un gitano muy querido en todo el país y que se llama «el *Majijongo*». [Lo que se escribe en Francia de España sí que es mojiganga]

Lo único que hay que elogiar en el artículo que venimos comentando son los *monos*.

Las herejías que de nosotros se dicen van ilustradas con preciosos retratos de verdaderas flamencas.

No hay siquiera un ligero motivo que pueda disculpar estas majaderías parisinas, que si no fuera porque nos dan ocasión de «sacarles punta», concluirían por incomodarnos.

¿De qué le sirven á nuestros refinados vecinos sus frecuentes excursiones á España, en las que no es posible que hayan visto nada de lo que cuentan?

Nosotros sospechamos que los cronistas franceses que escriben acerca de España, lo hacen como lo hacen, porque se encuentran con un «estado de opinión» que no pueden ó no quieren desvanecer ni contrariar menos.

Las *chosses de l'Espagne* son un lugar común en el periodismo francés, y como dijeran la verdad desposeyéndose de la falsa leyenda, se les acabaría el poder hacer *rellenos* para sus periódicos con el divertido y famoso asunto de «Al son de las castañuelas».

No es posible, por otra parte, que tras las frecuentes y lucidas excursiones que hicieron y hacen nuestra gente *cañil* por todos los *music-hall* franceses—aparte de literatos y periodistas—deje el público, en general, de saber un poquito más acerca de las cosas flamencas que, con ó sin leyenda, llenan sus teatros tanto ó más que los cancanes de sus coupletistas viejas y la insulsez declarada de tanto necio vodevil.



CONSUELO GÓMEZ Y ELVIRA LOPEZ



EMERITA ESPARZA



AMALIA CHINCHILLA Y CANDELARIA MEDINA



EMERITA ESPARZA



MASCOTA Y RIVERIÑA

(Fotografías Alfonso.)

LOS HOMBRES PAJAROS

CÓMO HEMOS LLEGADO Á VOLAR

AUTOBIOGRAFIA DE LOS HERMANOS WRIGHT. (Traducción directa del inglés para LA SEMANA ILUSTRADA)

La aviación, que no deja de hallarse en sus comienzos, marcha, no obstante, á pasos gigantescos en la definitiva conquista del aire.

Wilbur y Orville Wright, antes que deportivos son hombres de ciencia.

¿Cómo y por qué llegaron á la celebridad los propagadores del moderno medio de locomoción? Vamos á verlo. Ellos mismos nos lo dirán.

El interés que la navegación aérea nos ha inspirado se remonta á los primeros años de nuestra infancia. En 1878 nuestro padre llegó á casa una tarde, llevando en sus manos un juguete raro. Antes de que pudiéramos darnos cuenta de lo que era aquello, salió volando por la estancia, dió varias vueltas, y después de agitarse junto al techo, vino á caer, al fin, á nuestros pies.

Era un precioso juguete científico llamado «hélicoptero». Aquel nombre era muy difícil de pronunciar y nosotros lo cambiamos por el de murciélago.

El curiosísimo objeto se componía de una ligera armazón en bambú, recubierto de papel, provista de dos hélices solicitadas en sentido inverso por cordoncillos de cautchouc retorcidos.

Un juguete tan delicado como éste no puede durar mucho tiempo incólume entre las manos de unos niños, pero el recuerdo queda.

Algunos años después construimos nosotros helicópteros de este mismo género, aumentando cada vez sus dimensiones. Nuestra contrariedad era grande. Cada vez que construíamos el «murciélago» de mayor tamaño, volaba menos.

No podíamos acertar cómo una máquina de dimensiones líneas dobles exigía un motor ocho veces mayor.

La muerte de Lilienthal hizo que fijáramos aún más nuestra atención en los secretos del vuelo.

Estudiamos con gran interés famosas obras, entre ellas «Progress in Flying Machines», de Chanute; los Experimentos aerodinámicos, de Langley; los Anales Aeronáuticos de 1905, 1906 y 1907 y diversos trabajos publicados por el Smithsonian Institution, los artículos especiales de Lilienthal y los extractos del Imperio del aire, de Mouillard.

Tan importantes volúmenes nos hicieron comprender las grandes dificultades del problema del vuelo, pero nos comunicaron también pasión inextinguible, transformando nuestra curiosidad pasiva en el más entusiasta de los celos creadores.

La aviación comprendía entonces dos escuelas. La primera, representada por hombres como el profesor Langley y sir Hiram Maxim, se ocupaba del vuelo mecánico.

La segunda, á cuyo frente estaban Lilienthal, Mouillard y Chanute, del vuelo plano.

Nuestras simpatías se pronunciaron por la última escuela en razón de la extravagancia que suponía construir máquinas delicadas y costosas, en las cuales nadie estaba encargado de que se movieran las alas, y, sobre todo, por el entusiasmo extraordinario con que los apóstoles del vuelo plano describían los encantos de la navegación aérea, empujando al viento por medio de alas rígidas sin poder alguno de propulsión.

A primera vista, el equilibrio de un aeroplano parece ser algo muy sencillo, pero el caso es que todos los experimentadores han encontrado que este equilibrio, en la práctica, era el sólo problema que podía resolverse de un modo satisfactorio. A este propósito se han ensayado métodos diferentes. Algunos ponen el centro de gravedad por debajo de las alas, pensando que

debe ocupar siempre el punto más bajo. Es cierto que, como el péndulo, el centro de gravedad busca esta posición; pero también es cierto que el mismo péndulo presenta una tendencia á oscilar de una manera que perjudica á la estabilidad.

Un sistema más satisfactorio, sobre todo bajo el punto de vista del

que en los cambios de velocidad y dirección tuviera el viento la menor parte posible.

Procuramos lograr este resultado, en lo que concierne al equilibrio longitudinal, construyendo el aeroplano de una forma especialísima, y por lo que se refiere al transversal, dando á nuestras superficies, de una

profundidad, constituye la característica de nuestro primer aparato aéreo.

Ha sido el período que se extiende desde 1885 á 1900, por lo que se refiere á la aeronáutica una época de actividad sin ejemplo; tanto, que dentro de muy poco espacio de tiempo habrá llegado la hora en que se

aviación como meros deportistas, llevó muy á mal nuestra sincera modestia.

El célebre aviador pasó varias semanas en nuestro campamento de Kill Devil Hill, asistiendo á un vuelo de nuestro aeroplano de motor.

El aparato llevaba superficies sustentatrices en la misma forma que las de Lilienthal, con un perfil en arco de parábola y una flecha, teniendo mucha fuerza ascensional.

Nuestros ensayos de 1901 estuvieron muy lejos de ser definitivos. Chanute aseguró, no obstante, que bajo el punto de vista de la dirección, el resultado de nuestras experiencias eran superiores á todas las conseguidas por nuestros predecesores.

Trabajando sin descanso, y cada vez con mayor entusiasmo, ya en 1902 ejecutamos un millar de vuelos planos á una altura de 600 pies.

Construimos entonces una nueva máquina de motor. Los primeros ensayos se hicieron con un aparato que pesaba 280 kilos y teniendo el motor una fuerza de ocho caballos.

Los primeros vuelos con este aeroplano los hicimos el 17 de Diciembre de 1903. El primero duró 12 segundos, vuelo bien modesto si se le compara con el de los pájaros, pero que era, sin embargo, la primera vez en el mundo que una máquina, llevando á un hombre, se elevaba en el aire, con vuelo libre y por sus propios medios.

El segundo y tercer vuelo fueron más prolongados, y ya el cuarto duró un minuto, luchando con un viento de 32 kilómetros á la hora.

Cuando era más vivo el período de estas nuevas experiencias, nuestra máquina, estando en el suelo, sufrió grandes averías.

En la primavera de 1904 pudimos construir un nuevo aeroplano, continuando nuestros ensayos en la pradera Huffman.

El nuevo aparato era más fuerte y pesado que el que se estropeó, hasta el punto de quedar inservible.

Ante numerosa concurrencia, y con un viento insuficiente para poder elevarnos, atendiendo á la expectación que había producido el anuncio de nuestras experiencias, decidimos efectuarlas.

Para colmo de dificultad, aquel día el motor se negaba á funcionar con perfección. No fueron buenas aquellas pruebas. Lo declaramos sinceramente.

En 1905 conseguimos dar vueltas alrededor de un árbol, á 14 metros del suelo.

Poco tiempo después, y siempre corrigiendo defectos, ya en 1906 conseguimos que los vuelos aumentasen en duración.

Los años 1906 y 1907 los pasamos estudiando y huyendo de las proposiciones comerciales que nos hacían.

Fué ya el pasado año cuando realizamos nuevos experimentos, con los que logramos probar que el aparato funcionaba satisfaciendo las condiciones establecidas con el Gobierno de los Estados Unidos. Por ese contrato nos obligamos á construir un aeroplano capaz de transportar dos hombres con una provisión de combustible capaz para efectuar un vuelo de 200 kilómetros con velocidad de 40 millas por hora.

Nuestra vida entera estará dedicada á conseguir que el vuelo mecánico llegue á ser algo tan vulgar y corriente como un viaje en ferrocarril ó un paseo por el mar.

Cuando hayamos logrado el triunfo definitivo, publicaremos los secretos, por donde podrá verse de qué modo y manera pudimos encontrar la solución primera del problema del vuelo.

Wilbur y Orville Wright.



EL REY CON EL «HOMBRE PÁJARO» WILBUR WRIGHT Á BORDO DEL AEROPLANO, EN EL TRANCURSO DE SU VISITA AL AERODROMO DE PONT-LONG

equilibrio lateral, consiste en dar á las alas la forma de una gran V, ó dicho de otra manera, de un ángulo diedro con el vértice hacia abajo. En teoría, este sistema es automático, pero en la práctica presenta dos grandes dificultades. Desde luego tiende á mantenerse el aparato en estado de oscilación, y en segundo lugar no es utilizable cuando el aire está en calma.

Se ha aplicado el mismo sistema, bajo una forma diferente, al equilibrio longitudinal. La parte principal del aeroplano estaba dispuesta bajo un ángulo positivo, en tanto que una quilla horizontal presentaba su superficie bajo un ángulo negativo.

Después de haber examinado con toda atención los resultados prácticos del empleo del ángulo diedro, pudimos llegar á esta conclusión: que un aeroplano basado en este principio podría tener un interés científico, pero desprovisto de valor alguno en el terreno de la práctica.

Resolvimos, por tanto, aplicar en nuestros trabajos un principio diferente.

Quisimos construir nuestro aparato de modo que no pudiera tomar la posición vertical. Quisimos, también,

á otra extremidad, una curvatura inversa de la adoptada por nuestros predecesores.

Esto hecho, las fuerzas puestas en juego por el operador, gracias á los procedimientos apropiados, debían necesaria y matemáticamente restablecer el equilibrio.

Para satisfacer las particulares exigencias de los aparatos de grandes dimensiones, empleamos un sistema que permite al operador modificar, á voluntad, la inclinación de las diferentes partes de las superficies portátiles y restablecer así, por medio de la acción del viento, el equilibrio que el viento mismo había deshecho. Era fácil lograr lo que nos proponíamos utilizando superficies portátiles que fueran susceptibles de cambios rápidos por otras *ad hoc*.

Estamos orgullosos de haber descubierto un feliz artificio que permite cambiar de un modo rápido el sistema de superficies superpuestas, rígido en apariencia, inventado por Weuham y perfeccionado por Stringfellow y Chanute.

El aeroplano puede presentar al viento su ala izquierda bajo diferentes ángulos. Esto, con un timón de

pueda afirmar de un modo concreto que el problema intrincadísimo de la aviación ha sido resuelto.

Después de haber gastado medio millón de francos, Maxim abandonó su obra colosal. La máquina Ader, construida á expensas del Gobierno francés, fracasó ruidosamente. Lilienthal y Pilcher perecieron en uno de sus más brillantes ensayos por causas fortuitas ajenas en un todo al mérito de sus aparatos. Chanute y algunos más, por una ú otra razón, dejaron sin terminar sus notables trabajos. Sólo el profesor Langley se ocupó después de construir una máquina voladora, subvencionada por el Gobierno de los Estados Unidos.

Fué en el mes de Octubre de 1900 cuando comenzamos nuestras verdaderas experiencias en Kitty Hawk (Carolina del Norte).

Nuestra máquina estaba destinada á volar como una cometa de papel con un hombre á bordo y con una velocidad de quince ó veinte millas por hora.

En 1901 entramos en relaciones científicas con M. Chanute. Cuando supo que sólo nos ocupábamos de



UNA NOTA DE ARTE. — Primer premio de coches engalanados.

Ayuntamiento de Madrid

ÓPERA ESPAÑOLA

ESTRENO DE "MARGARITA LA TORNERA,, EN EL TEATRO REAL



UNA ESCENA DEL TERCER CUADRO DEL PRIMER ACTO.—MARGARITA (STA. GOBBATO), DESPIDIÉNDOSE DE LA VIRGEN
LOS AUTORES. CHAPÍ, DE LA MÚSICA; FERNÁNDEZ SHAW, DE LA LETRA.—CORO DE PAJES EN EL CAJÓN DE LOS DUENDES.—(Fotografías Alfonso.)

¿De quién son los millones de lord Sackville?



MR. HENRY SACKVILLE, HIJO DEL LORD
Y DE LA BAILARINA



LA CÉLEBRE BAILARINA PEPITA DURAN



ÚLTIMO RETRATO DE LORD SACKVILLE,
CAUSANTE DE LA HERENCIA EN LITIGIO



LADY SACKVILLE
ESPOSA DEL HIJO DEL LORD



PEPITA VICTORIA SACKVILLE, HIJA MAYOR
DEL LORD Y LA BAILARINA

Pasado mañana, lunes, comenzará en la Audiencia de Madrid la vista del ya célebre proceso del lord y la bailarina, y que es uno de los más interesantes de que hayan podido conocer los Tribunales de justicia.

Su trama se presta á que los abogados que intervienen en ella hagan alarde de lucidísimas oraciones forenses.

Danzan por medio una fabulosa cantidad de millones, cuya posesión disputan diferentes personas que ostentan cada cual muy diversos derechos.

El pleito, que parece el asunto de un folletín francés, surgió á la muerte del aristócrata inglés lord Lionel Sackville-West, conde de la Warr, barón de Buckurst, mayorazgo de Knole, en el condado de Kent, y que está dotado con la friolera de 20.000 libras de renta.

Lord Sackville, que fué embajador de Inglaterra en Madrid, tuvo relaciones con la célebre

bailarina española Pepita Durán, cuya soberana hermosura fué capaz de renunciar todo el nobil spleen del poderoso caballero inglés.

De aquellos amores nacieron varios hijos, que inscribió el lord en el registro civil de Francia como hijos legítimos suyos y de la Durán.

Un sobrino de Sackville, el llamado á sucederle á falta de descendientes, asegura que cuando nacieron los hijos de su tío, la bailarina estaba casada con un bolero español llamado Juan Antonio Gabr el de la Oliva, y por tanto, que aquéllos no pueden ser legítimos.

El acta de este matrimonio apareció en el archivo, pero presenta en su texto raspaduras y enmiendas sospechosas, por cuyo supuesto delito hay varios procesados.

El curioso pleito se tramita á la vez en Londres y en Madrid, disputándosele por ciudadanos ingleses: el hijo y el sobrino del lord.



FLORA SACKVILLE WEST



AMALIA SACKVILLE WEST

COsas DEL OTRO JUEVES

Cuando mis lectores pasen la vista por estas líneas, estará el Carnaval dando las boqueadas.

Las comparsas y estudiantinas irán echando ya las cuentas de lo

de tan dudoso gusto como poco coste, ha hecho, en el fragor del Carnaval, el zafarrancho de combate de confetti y serpentinas; y las máscaras arrastrarán por los bailes los

deseo. El Carnaval expirará entre el frenético galop del domingo de Piñata, sepultado bajo un montón de confetti y serpentinas y zancajos de disfraces, digno epílogo de su vida corta, como todas las vidas desenfadadas.

El lunes por la mañana, en cualquier tortuosa encrucijada de la corte, rodeado de perros vagabundos, dos guardias recogerán su cadáver tendido de largo a largo en medio del arroyo, al pie de cualquier casa sospechosa, cubierto de lodo cristalizado por la helada y asida con las crispadas manos una botella que todavía chorreará sobre su pintarrajeada faz las heces de un vinazo avinagrado y pendero.

Tal vez aprovechen para la fúnebre conducción una carretilla de la basura, y el Juzgado, al levantar el cadáver, descubra en él huellas de muerte trágica.

Todos los años muere el Carnaval a mano airada: lo matan el cansancio y el hastío.

¡Bien muerto está! — exclama la gente, y la Prensa, haciéndose eco de la general opinión, le extiende una partida de defunción para *in eternum*.

Y todos los años vuelve a resucitar.

Pero en realidad ni resucita ni muere, porque no tiene forma corpórea; es un símbolo.

Representa la sinceridad de las pasiones humanas; es la protesta tumultuosa, como todas las protestas de la desesperación, contra los convencionalismos sociales.

Para que desaparezca la franqueza loca de estos días, es preciso que desaparezca antes la hipocresía torturadora de todo el año; para que no nos digamos, durante una semana, verdades amargas con el rostro tapado, es necesario que no nos estemos diciendo dulces mentiras todo el año con la cara descubierta; la sinceridad se desenfrena cuando se la tiene amordazada.

El Carnaval es un efecto, no es una causa; no puede desaparecer sin que

desaparezca ésta. En la historia de Momo, sus fastos más brillantes corresponden a las épocas de mayor tiranía de las costumbres.

Entre el bullicio de las carnavalescas lupercales se han asesinado muchos déspotas; todavía en los pueblos se aprovecha el Carnaval para decirle cuatro frescas al cacique.

eso en la Historia sólo triunfan las revoluciones que hacen los pueblos a cara descubierta, echándose franca y decididamente a la calle.

Todo lo demás son bromitas del Carnaval social, en el que no falta tampoco su desdichada comparsa de impedidos y su célebre máscara del higo, que arrastra tras de sí a



recogido, triste cuenta, porque cada año se prodigan más y el público se prodiga meno; las carrozas pasearán por la Castellana los destrozos que en su ornamentación y atrezzo

pingajos que a sus trajes ajados y deslucidos han arrancado los pisotones de infinidad de pies vacilantes por la borrachera y las zarpadas de infinidad de manos inquietas por el

que y darle, si puede ser, al revuelo de una broma, una pufalada.

¿Qué son las revoluciones con sus conspiradores disfrazados, sino una prueba de mi aserto?

La careta es símbolo de la cobardía.

Cuando los pueblos son medrosos, se disfrazan para combatir secretamente a sus espoliadores; por

los ciudadanos infantiles con la promesa de un higo que jamás les llega a la boca.

Tampoco faltan en estos Carnavales sociales sus máscaras habladoras que forman a su alrededor corro de imbéciles y sus máscaras desdichadas, que se aprovechan de la confusión para robar lo que buenamente pueden.

Hay máscaras fatuas que gozan sólo con la opulencia del disfraz y los prefieren de los más recargados de adornos, de los más vistosos y refulgentes.

Engañar a la juventud y meterla en estas carnavalescas barahundas, es tan torpe, por no decir tan criminal, como disfrazar de mamarachos a los niños.

Cuando la política de un país entra en el período carnavalesco, los ciudadanos serios, o se quedan en casa, o si salen, comienzan a punta-piés con las máscaras molestas.

Sólo los políticos disfrazados empiezan sus discursos por un «Voy a decirles quién soy», como las máscaras sus bromas.

Y como ellas, siempre mienten, hasta que la opinión, harta, acaba por exclamar: *Ni te conozco, ni quiero*.

Y los tiranos y los explotadores, lejos del tumulto, desde los balcones de sus moradas, se refocilan de gusto viendo con qué candorosa inocencia se divierten los pueblos y exclaman para sus adentros: *¡Buenas van las máscaras!*

Si el quitar caretas es un modismo con el cual quiere significarse en nuestra lengua el imperio de la sinceridad sobre la hipocresía y el triunfo del valor cívico sobre las despóticas exacciones, conveganos, queridos lectores, en que ha llegado ya en España la hora del crepúsculo nacional, la hora indicada de quitar caretas.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.
(Dibujos de TOVAR.)





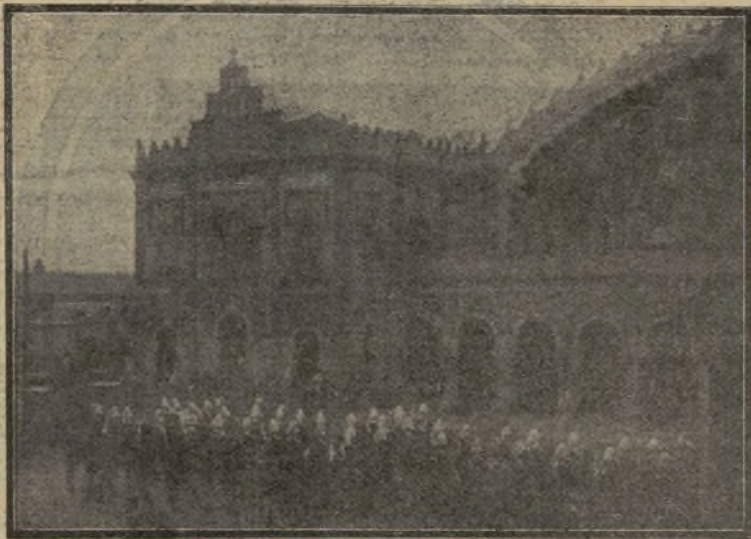
CONCURSO DE "BEBÉS".--¿Cuál "bebé" le gusta más?

Véanse en la «Mesa revuelta» de la plana 15 las bases generales de este Concurso.

(Fotografías Napoleón.)

Ayuntamiento de Madrid

LOS REYES DE ESPAÑA EN SEVILLA



ASPECTO DE LA ESTACIÓN MOMENTOS ANTES DE LA LLEGADA DE LOS REYES (Fot. Cárdenas.)

El lunes último, por la tarde, llegó a Madrid D. Alfonso, procedente de su excursión al Mediodía de Francia, y en la noche del mismo día salió para Sevilla, acompañado de la reina Doña Victoria, el príncipe de Asturias y el Infante Don Jaime.

Se aóján en el Alcázar, donde las Reales personas recibieron a las autoridades, conversando D. Alfonso con el alcalde, que interesó del Monarca la cesión de la huerta del Retiro para el ensanche de Sevilla. D. Alfonso prometió estudiar el asunto.

Como el año pasado, pasarán una temporada en Andalucía, prorrogándose la estancia hasta Semana Santa, en cuya fecha llegarán a Madrid, a esperar el entonces ya próximo alumbramiento de S. M. la Reina.



ENTRADA DE SS. MM. EN SEVILLA

(Fot. Pérez Giráldez.)

EL CARNAVAL Y LA BELLEZA



¡Fuera antifaces!



(Fotografías Alfonso.)

¡Vivan las caras bonitas!

Inauguración del Laboratorio Ictiogénico de Barcelona.



PABELLÓN DEL LABORATORIO ICTIOGÉNICO (Fots. Moragas.)

Con asistencia de las autoridades y de muchas personas distinguidas en el mundo de la ciencia, se inauguró en Barcelona el Laboratorio Ictiogénico, establecido en el Parque por la Junta municipal de Ciencias Naturales.

Consta de una sala en la que hay diversidad de peces disecados y radiografías muy curiosas. Después, en un pabellón largo, se exhiben piscinas y vitrinas notables.

La instalación está admirablemente dispuesta, no faltando en ella detalle alguno, resultando su visita de alto interés para los hombres de ciencia y curiosa para el público.



EL JEFE DE LA COLECCIÓN DEL PARQUE, ER. DARDÉ, EN EL LABORATORIO

MESA REVUELTA

Un gran concurso de "bebés," Nuestras novelas cortas.

LA SEMANA ILUSTRADA sigue experimentando extraordinarias reformas que darán á su texto y grabados variedad é interés cada vez mayores.

Una de las mejoras que desde luego ofrece, es la organización de Concursos curiosísimos y amenos, que tendrán además el aliciente de artísticos y valiosos premios.

Nuestro primer Concurso de esta serie, es el de "bebés" que hoy inauguramos, publicando una bella plana con fotografías numeradas para la votación.

No se admiten votos hasta que terminemos la publicación de todos los retratos que se reciban. Se desecharán las fotografías que no sean realmente bellas y artísticas.

Los originales fotográficos de "bebés" para este Concurso deberán enviarse al director de LA SEMANA ILUSTRADA, Colegiata, 7, casa del *Heraldo*, Madrid.

En números sucesivos se dará cuenta de los premios y de las condiciones á que se ha de ajustar la votación; así como también contestaremos á cuantas dudas se ofrezcan á nuestros lectores.

CONFETTI

Se ha disfrazado estos días Arturo, el novio de Laura, (que es una chica muy mona, aunque muy cursi y romántica), y al encontrar de paseo por el Prado á su adorada, le dijo muy frescamente que con ella no se casa. Sin duda por eso, ahora, asegura la muchacha que la que le ha dado Arturo es una broma pesada.

En Carnaval hay muchos que se disfrazan, y con una careta tapan la cara. Y ocurre al dar las bromas que con frecuencia, se deshacen bien pronto de la careta.

No comprendo que hablen mal del Carnaval español, porque nuestro Carnaval es un derroche de sal en un ambiente de Sol.

Rafael MAROTO.

ULTIMO RETRATO DE PEPITO ARRIOLA



Pepito Arriola, el maravilloso pianista, sigue obteniendo grandes triunfos en las principales capitales europeas. El diminuto artista, que todavía, después de bastantes de gloria, no cuenta más que nueve años de edad, viaja en compañía de su media hermana Pilar Olorio, niña concertista que asombra también por su ejecución y talento musicales. A Pepito Arriola acaba de colmarle de honores y distinciones el Emperador Guillermo. Pronto emprenderá una *tournee* por Inglaterra.



EL CARDENAL SANCHEZ, PRIMADO DE LAS ESPAÑAS, QUE ACABA DE FALLECER EN TOLEDO

Coplas de ahora.

I

—Por la villa del oso... y de La Cierba, corren, desde hace algunos días, insistentes rumores de que los liberales tomaron, no sé dónde, un cine que se encuentra en malas condiciones; y con la compañía de pésimos actores, van á explotarlo ahora entrando así en funciones. (No veo otra manera mejor de que lo logren). La fecha de apertura aún nadie la conoce. Que se inaugure, muchos en duda ya lo ponen; pues dicen los que tienen verídicos informes, que entre los comediantes hay un jaleo enorme, y aunque á ensayar se matan, jamás están acordes.

—¿Y qué están ensayando?

—Aquí hace falta un hombre.

II

«Margarita la tornera» por fin ha sido estrenada, y fué el acontecimiento que todo el mundo esperaba. Ya está pedida la ópera por multitud de Empresas. Hasta en Loeches se dice que quieren también ponerla. Y si aquí ha gustado tanto, excuso decir á ustedes el efecto que va á hacer la «Margarita» en Loeches.

Adolfo SANCHEZ CARRERE.

Correspondencia particular.

J. Y. B.—Madrid.—Sería de interés la publicación del diseño de su globo dirigible, con más amplias explicaciones en el texto.

J. M. M. C.—Barcelona.—No hemos recibido el artículo que indica. ¿Se extraviaría en correos?

T. D.—Algeciras.—Las fotografías son muy afortunadas, como obra de usted, pero de escaso valor informativo.

M. L.—Algeciras.—Le decimos lo mismo que á T. D. Ni la llegada á esa de la princesa de Battenberg, ni el viaje del Sr. Moret pueden interesar al gran público, y nosotros evitamos que nuestro periódico sea, como otros, un vertedero de instantáneas. Vengan cosas de más enjundia.

M. de C.—Sevilla.—Una de sus positivas aparece reproducida en el número de hoy.

J. S.—Torrelavega.—Recibido el original. Le examinará la Dirección, y si gusta, tendrá usted respuesta por correo.

DECLARACION AMOROSA



—Señorita, tengo 20.000 libras de renta... y un tiro con propensión á una apoplejía. —(Rions.)

PATINES-BICICLETAS



Un ingeniero sueco, M. Petrinia, residente en Upsala, acaba de inventar unos caprichosos y veloces patines, compuestos de pequeñas bicicleta, fáciles de manejar y que constituyen un nuevo y divertidísimo deporte.

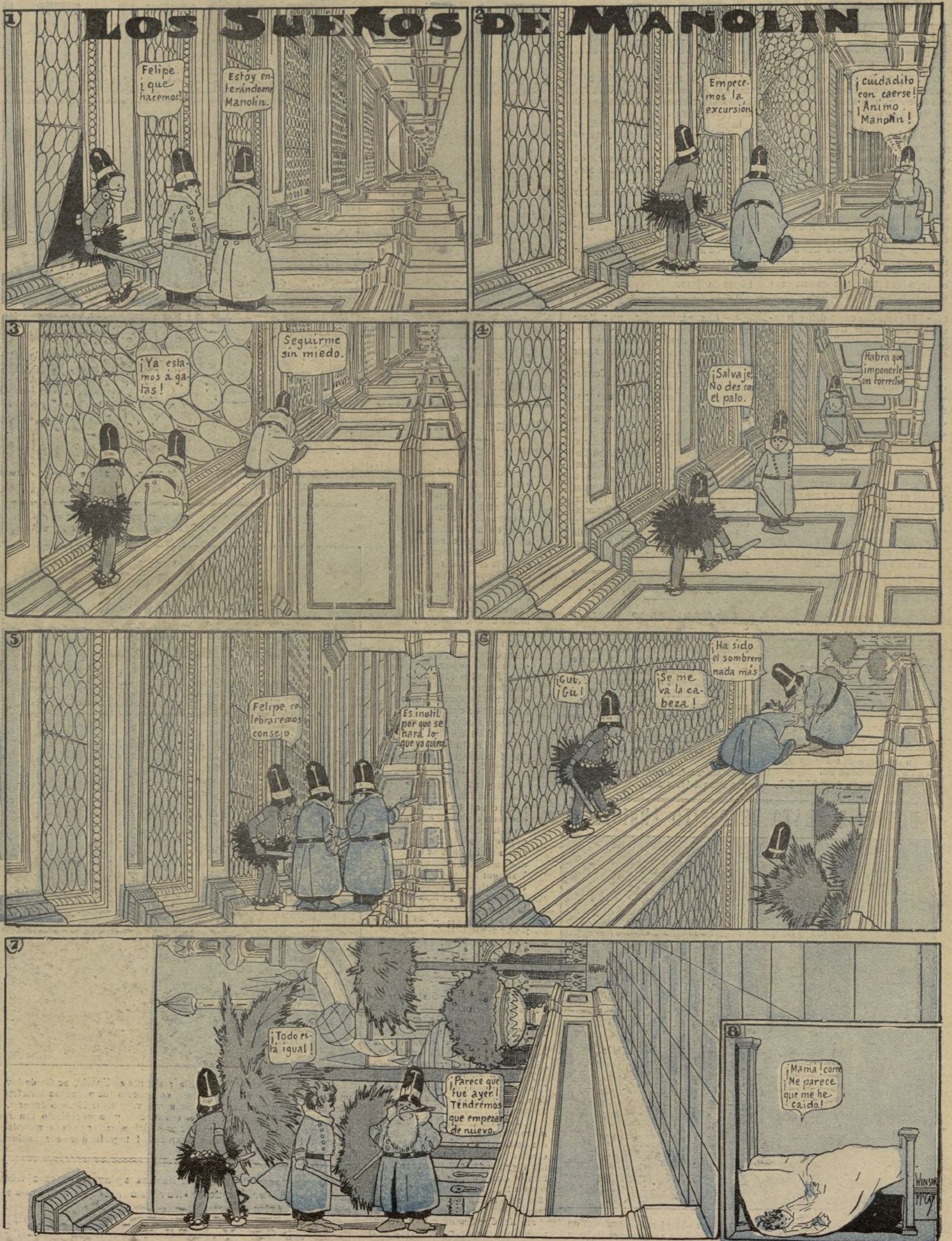
El empleo de estos patines es tan sencillo y su mecanismo tan desprovisto de complicaciones, que el lector podrá apreciar toda la novedad y el interés del invento con sólo contemplar la fotografía que reproducimos.

Por exigencias de ajuste hemos aplazado para el número próximo la inserción de la «Novela corta» que teníamos anunciada para éste:

LA VAMPIRESA

por E. Ramirez Angel, con ilustraciones de Agustín.

Los originales literarios y las fotografías no se devuelven.



Originales propiedad del 'NEW YORK HERALD'